

fuerza para contenerlos. Sin embargo, nuestro es el deber de exterminarlos.

—Tenemos un proyecto, añadió Pilpataoe; para realizarle es necesario que os pongais al frente de las tropas que han de combatirlos.

—¿Cuál es vuestro proyecto? preguntó el nuevo emperador.

—Destruir á Hernan Cortés, bien sea por la astucia ó por la fuerza. En cuanto él muera, todos los demas caerán en nuestro poder.

Esta idea fué aceptada, y Pilpataoe y Teutila quedaron encargados del mando de las tropas que debían guarecerse en el templo de Huitzilopoztli para atacar desde él á los españoles:

CAPITULO XXXIV.

Ceremonias fúnebres.



El día siguiente desde muy temprano se dió comienzo á la solemne ceremonia con que los mexicanos condujeron al sepulcro los restos del emperador Moctezuma.

Hernan Cortés supo por los espías, que habian comenzado á refugirse mexicanos con armas en el templo de Huitzilopoztli, y por lo que pudiera suceder, permaneció encerrado en el cuartel, tomando todas las medidas para evitar una sorpresa.

El nuevo emperador Quetzahuaca dispuso que se condujese el cadáver de Moctezuma al templo maycr, para que allí los aromas con que incensaban á los ídolos le purificasen de los errores en que habia incurrido en los últimos instantes de su vida, y le pusiesen en condiciones de recibir los honores fúnebres que se dispensaban á los emperadores de México.

Esta ceremonia tenia tambien por objeto facilitar á los mexicanos que debían ocupar el templo el medio de quedarse en él sin que se sospechara su presencia.

En efecto; despues de haber quemado áloe, y de otras varias ceremonias, se alejó la comitiva del templo, los teopixques cerraron las puertas y acompañaron el cadáver del emperador.

Iba éste con todas sus insignias y una gran parte de sus joyas, en unas andas conducidas por ocho mexicanos de la familia del emperador.

Detrás, presidiendo el cortejo fúnebre, iba el príncipe de Itztaupalapa con los altos dignatarios de la córte.

Seguían los guerreros más afamados, y cerraban la marcha multitud de mexicanos.

Sus mujeres y sus hijos no habían vuelto todavía de la montaña, razón por la cual no podía asistir al entierro.

Los teopixques formaban también parte de los que presidían la comitiva.

Uno de ellos llevaba una copa de plata, y los demás maderas odoríferas.

El gran sacerdote llevaba una tea ó caoba encendida, y á su lado dos indios tamenés conducían una pira.

La costumbre que por entonces había en México era quemar los cadáveres y depositar los restos en urnas ó vasos sagrados.

Antiguamente se habían enterrado los cadáveres enteros.

Cuando esto sucedía, los colocaban en las tumbas sentados y adornados con sus mejores galas.

La comitiva debía llegar hasta un templo destinado exclusivamente á la quema de los cadáveres.

Desde allí los comisionados por el príncipe de Iztacpalapa eran los que debían conducir la copa de plata en donde iban á depositarse las cenizas de Moctezuma, al volcán de Chapultepec, considerado como tumba de los tiranos.

Llegó el fúnebre cortejo con el más profundo recogimiento hácia el teocali de la cremación, ó quema de los cadáveres, y allí, con gran solemnidad, se colocó la pira y encima de ella las maderas odoríferas que debían carbonizar los restos de Moctezuma.

El gran teopixque encendió las maderas con la tea, y acto continuo colocaron el cadáver encima los mismos teopixques.

Entonces empezó la ceremonia de la despedida.

Presentáronse primero los bufones de Moctezuma, y después de hacer una reverencia á su cadáver con el rostro muy compungido, volvieron el rostro al príncipe de Iztacpalapa su nuevo emperador.

Pero en aquel momento, á la tristeza sucedió la alegría.

Se despedían del amo antiguo, y saludaban con humildad al amo nuevo.

Continuaron después pasando por delante del cadáver que se quemaba todos los que formaban la servidumbre del emperador, los empleados de las fábricas de armas, de las casas de fieras, de los jardines.

Siguieron después ejecutando la misma ceremonia los altos dignatarios de la corte, los consejeros y los jefes del ejército mexicano.

Después tocó el turno á los parientes de Moctezuma, á su antiguo ministro Guacolando y al mismo Quetlahuaca.

En presencia de éste se recogieron las cenizas de Moctezuma, se depositaron en la copa, y acto continuo se entregó á los encargados de conducirla al volcán.

Mientras esta ceremonia tenía lugar, los pintores del imperio, que como recordarán nuestros lectores, eran muy diestros en el arte de copiar lo que veían, reprodujeron la escena que tenía lugar.

Los encargados de conducir las cenizas á su última morada partieron, y el príncipe de Iztacpalapa, viendo que los españoles no habían caído en el lazo que les había tendido, celebró aquella noche un consejo con los notables del imperio.

Antes de la hora en que debía reunirse con ellos recibió un mensaje de Hernán Cortés.

Diego de Orgaz, con cien españoles, llevando por intérprete á Aguilar, se presentó al nuevo emperador para reconocerle en nombre de su jefe, y rogarle que enviase embajadores para tratar con los españoles acerca de la paz.

El príncipe Quetlahuaca aplazó su respuesta para el siguiente día, proponiéndose dar cuenta de aquel mensaje á los notables para deliberar con ellos.

El odio que sentían los mexicanos hácia los españoles había

llegado á tal extremo, que las proposiciones de Hernan Cortés fueron desoidas y despreciadas en medio de la mayor indignacion.

—No queremos la paz, gritaron todos; la guerra, una guerra exterminadora, es lo único que puede proporcionarnos la paz que ambicionamos.

Así pues, la respuesta que debemos dar á los españoles es ir de nuevo á acometerlos en su mismo cuartel.

A pesar de dominar este espíritu en la asamblea, el nuevo emperador dijo á los que allí estaban reunidos:

—Se nos presenta una buena ocasion de conocer la situacion en que se hallan nuestros enemigos y los mejores medios de atacarlos.

—Voy á nombrar la embajada que quieren para oír sus proposiciones. Pero la verdadera mision de los que vayan á cumplir este encargo será averiguar las posiciones que ocupan, los elementos con que cuentan para resistir, y los recursos que debemos emplear para exterminarlos.

Aceptada esta determinacion, fueron designados para llevarla á cabo Guacolando, Olonhet, rey de Cinthal, y Huitpozili, jefe de las tropas del cacique supremo de Malpacingo.

Al dia siguiente, con gran pompa, se presentaron muy temprano en el cuartel.

Los embajadores llevaban cada cual en la diestra una flecha con la punta hácia bajo, lo que indicaba que iban de paz.

Recibidos por Aguilar, los condujo éste á la presencia de Hernan Cortés, quien rodeado de todos sus capitanes, les dió audiencia.

CAPITULO XXXV.

Donde Cortés propone la paz, y los mexicanos la rechazan.



Des he llamado, les dijo Hernan Cortés, porque las circunstancias han suscitado entre nosotros complicaciones que deben terminar por la paz ó la guerra.

—Traemos órden para escucharos.

—Hablad, dijo Guacolando.

—No ignorais, prosiguió Hernan Cortés, el objeto de mi venida á México; tampoco ignorais la amistad que me ha profesado Moctezuma y los sacrificios que le ha impuesto esta amistad.

Pero no hablemos de ello. Dispuesto estoy á perdonaros, á renunciar á la justa venganza que debia tomar por las atropellos que habeis cometido con nosotros.

Yo me alejaré de México con mis soldados para dejaros tranquilamente fundar el nuevo reinado que necesitais. Pero es preciso que reconozcais, ó por lo ménos que reconozca vuestro soberano, todos los actos de Moctezuma.

Nosotros partiremos si Quetlahuaca acata la voluntad de su antecesor, y reconoce que el imperio de México pertenece de derecho al rey de España, por ser descendiente del gran Quetzalcoal.

Esta proposicion indignó á los embajadores de Quetlahuaca.

—¿Qué idea has formado de nosotros? exclamó Guacolando. ¿Has creido que porque el desgraciado Moctezuma fué débil y abdicó en su soberanía; que porque desoyó los clamores de su pueblo, y consintió ser vuestro esclavo, los mexicanos y su nuevo jefe han de seguir tan indigno ejemplo?

Estais equivocados.

Nosotros, mejor informados que Moctezuma por los mismos augures, sabemos que no sois descendientes de Quetzalcoal, sino unos ambiciosos que aspirais á usurparnos nuestra independencia, á considerarnos como vuestros esclavos.

Eso no sucederá nunca.

Quetlahuaca vengará á Moctezuma, vengará al pueblo mexicano, y no hay uno solo entre nosotros que no esté dispuesto á derramar hasta su última gota de sangre por la independencia de la patria.

Así pues, si quereis evitar la guerra, si quereis salvar la vida de vuestros soldados, partid inmediatamente; porque de lo contrario, ahora que ya no tienen los mexicanos ninguna consideracion que guardar, ahora que al reducir á escombros, si es preciso, este palacio, están seguros de que no han de coger en él á su soberano, caerán sobre vosotros como jaguares, y no habrá piedad ni compasion para ninguno.

—Ved lo que haceis, repuso Hernan Cortés; porque á mi vez tampoco tengo ninguna consideracion que guardar, y puedo convertir la ciudad de México en un monton de ruinas.

—Sea en buena hora; si no teneis que hacernos otra proposicion, nos alejamos.

—¿No quereis la paz?

—No.

—Pues bien; lucharemos, y de antemano os doy una gran prueba de mi generosidad, porque no os encadeno y os pongo delante de la boca de mis cañones.

Los embajadores partieron, y Hernan Cortés, volviéndose á sus capitanes:

—Ya lo habeis oído, les dijo; no nos quedan más que dos caminos: ó la lucha, ó la fuga. La fuga es indigna de nosotros, la lucha es difícil; sin embargo, sé por mis espías que los soldados más aguerridos del imperio se han refugiado en el teocali de Huitzilopoztli, y es necesario apoderarnos de ese templo.

—¿De qué modo?

—No lo sé; á los soldados españoles no hay que decirles cómo se llevan á cabo las proezas, sino guiarlos donde puedan ser héroes para que lo sean.

—Por nuestra parte, estamos dispuestos á luchar y á morir ántes que volver la espalda al peligro.

—Pues eso es precisamente lo que yo quiero.

Dad inmediatamente las órdenes para que se formen todas las compañías.

Escobar formará la vanguardia. Detrás Pedro de Alvarado y Diego de Orgaz apoyarán á los soldados de Escobar, y procurarán á toda costa apoderarse del templo.

Yo, con el grueso del ejército y con los tlaxcaltecas, completaré la expedicion.

Si conseguimos destruir á los mexicanos que se hallan en el templo, podremos con esta victoria retirarnos á esperar mejor es dias, porque la verdad es, señores, que hoy por hoy es de todo punto imposible realizar nuestro plan.

Con rapidez eléctrica se reunieron las compañías, arengaron los capitanes á los soldados, y se dispusieron á salir del cuartel.

Dejó Hernan Cortés bastante guardia para evitar que pudieran apoderarse de su asilo los mexicanos, y con todas las precauciones necesarias para no emplear fuerzas en estériles escaramuzas, puso en movimiento sus tropas para dar el ataque al templo de Huitzilopoztli.

Habia entre los soldados uno muy respetado y muy querido.

Llamábanle el Astrólogo, y teníanle por muy ducho en el arte de adivinar el porvenir.

Su carácter le habia hecho simpático á todos sus compañeros y á sus jefes.

En el momento en que debia salir en la compañía de Pedro de Alvarado, á que pertenecia, le llamó Hernan Cortés.

—Botello, ven aquí.

El soldado á quien llamaban por apodo el Astrólogo tenia aquel apellido.

—¿Qué quereis, señor?

—¿Qué te parece de la empresa que vamos á realizar?

—Que es muy difícil.

—Pero, ¿saldremos bien de ella?

—No sé por qué me da tristeza hablaros.

—¿Qué me quieres decir?

—No os prodigueis en el combate.

Hernan Cortés le miró sorprendido.

—¿Luego hay algun signo que te indica que corre peligro mi vida? le preguntó despues.

—Veo muy negro el horizonte, y os aconsejo, porque sabeis que os quiero bien, que no os arriesgueis como en otros combates. En la guerra se aprende mucho, y hemos luchado tantas veces con los mexicanos, que algo deben de haber aprendido de nosotros. ¿Os acordais de la última salida que hicimos cuando buscásteis al jefe de ellos y luchásteis con él cuerpo á cuerpo.

—Sí.

—Pues ellos, apénas vieron en tierra á su jefe, corrieron amedrentados. No sé por qué se me ha metido en la cabeza que sus mayores deseos son hoy seguir vuestro ejemplo.

«Si destruimos al jefe de los españoles, éstos huirán como nosotros,» se han dicho.

No nos conocen, y por lo tanto, si tal hicieran, no quedaria uno solo vivo; pero os repito que me parece que hoy va á sucederos algo malo.

El soldado partió.

Marina oyó las palabras del Astrólogo, y conociendo que Hernan Cortés no le permitiria que le acompañase en tan arriesgada empresa, disfrazándose con el traje de uno de los soldados que

se habian quedado en el cuartel, se confundió entre los que formaban parte de las fuerzas á las inmediatas órdenes del caudillo.

La lucha de aquel dia debia ser sangrienta, espantosa. Asistamos á ella.

CAPITULO XXXVI

La toma del templo.



EUTILA y Pilpatoe estaban resueltos á librar á su patria á toda costa del yugo de los extranjeros.

Al efecto, reunieron en torno suyo en el teocali mayor á todos los mexicanos de más empuje, y llenaron de piedras la plataforma ó azotea del templo, en donde se hallaba la capilla ó dosel del ídolo Huitzilopoztli.

Ademas de las piedras, tenían flechas, unas mazas de piedra y unas picas ó chuzos, en cuyas puntas habia cortantes peder-nales.

Los dos generales habian distribuido sus fuerzas de tal manera, que hicieran imposible la subida de los españoles á la plataforma del templo.

Habia apostados muchos mexicanos detrás de las tapias ó murallas que circundaban en toda su extension el teocali.

En el primer cuerpo del edificio habia tambien mexicanos con piedras y con picas, dispuestos á estorbar el paso á los enemigos si lograban flanquear las murallas.

Por último, el grueso de sus fuerzas se hallaba en la plataforma, y como desde allí podian impunemente arrojar flechas y piedras á los enemigos, al acercarse estaban seguros de que si éstos intentaban asaltar el templo, perecerian todos en la empresa.

No se ocultaban á Hernan Cortés las dificultades de aquella lucha, tanto más, cuanto que sabia que por la retaguardia el

hostilizarian los mexicanos, y que en un momento dado tendrian que responder á su encuentro por las calles más próximas al teocali.

Pero era preciso salir de aquella situacion embarazosa.

Era necesario, imprescindible, ántes de abandonar á México, escarmentar á aquellos hombres, para dejar en su memoria el terror, lo cual convenia á sus planes, que no eran otros que los de ir desmembrando poco á poco el territorio del imperio, dando la libertad á los que eran sus tributarios, con el fin de hacerse amigos y parciales, y más que nada con el de dividir las fuerzas de aquellos indígenas, único medio de llegar al logro de su fin, aunque en más tiempo y con mayores trabajos.

Escobar con los suyos partió inmediatamente al teocali, seguido á poca distancia por Diego de Orgaz y su gente.

Apénas abandonaron el cuartel, tuvieron conocimiento de ello los mexicanos por sus espías, y se prepararon á la pelea.

Una lluvia de piedras recibió á la vanguardia española, y no fueron pocos los que vieron abollarse sus cascos y sus petos, y aun sintieron el golpe de aquellas armas dirigidas con energía y acierto.

Pero no por esto desmayaron, y del primer empuje lograron destruir á los que guardaban la puerta del templo, obligándoles á replegarse en la azotea del primer cuerpo del edificio.

Desde allí continuaron las piedras, á las que respondieron los españoles con sus arcabuces.

Pero á pesar del denuedo de los soldados de Escobar, les era de todo punto imposible avanzar por la gradería de mármol, que se hallaba coronada por multitud de indios, que con piedras y flechas, y en una posición ventajosísima, contenian el empuje de los españoles.

Acudieron las tropas de Diego de Orgaz, y los tlaxcaltecas, que deseaban á toda costa secundar en aquella ocasion á los es-

pañoles, porque era para ellos cuestion muy importante su triunfo, se lanzaron con más rabia que denuedo, yendo á clavarse ellos mismos en las picas y en las flechas de los mexicanos.

Gracias á esto pudieron ganar terreno los españoles, hasta el punto de luchar cuerpo á cuerpo con los que defendian las azoteas.

Esto fué una ventaja, porque los mexicanos que estaban en la parte superior no se atrevian ni á disparar flechas, ni arrojar piedras, por no herir á sus compañeros.

Así es que desde arriba ellos aguardaron que subieran á unirse sus compañeros para atacar á sus contrarios.

Con solo que recuerden nuestros lectores la posicion que ocupaba el templo y las condiciones de la ancha escalera que ocupaban los españoles, comprenderán las víctimas que necesariamente tenian que resultar de aquella lucha.

La sangre de los que caian á los golpes de los españoles era un nuevo obstáculo para que éstos subieran, porque al manchar las gradas hacian más resbaladizo el mármol.

Todo el empuje, todo el denuedo de los españoles tenia que estrellarse necesariamente en las ventajas que por el número y la posicion tenian los mexicanos sobre ellos.

Una hora duraba ya el combate, y los españoles apenas ganaban terreno.

Hernan Cortés perdió la calma, y llegando con todo el grueso de su ejército al pié de la gradería:

— Es necesario que sucumbamos todos, ó que tomemos inmediatamente la posicion de nuestros enemigos.

Y así diciendo, defendiéndose con la rodela y arremetiendo con la espada, subió al frente de sus soldados.

Los tlaxcaltecas se pusieron delante y sufrieron el primero y arrollador empuje de los mexicanos.

Consideren nuestros lectores qué fuerza de repulsion no tendria más de seis mil hombres hacinados en los pretilos en el final

de la escalera, arrojando continuamente piedras y flechas sobre los que intentaban subir.

Pero era necesario sacrificarlo todo á aquel triunfo, y al fin los tlaxcaltecas y los españoles llegaron á la cumbre y trabaron en la espaciosa plataforma un combate, cuya descripcion horrozaba.

Luchaban todos cuerpo á cuerpo.

Ya no se hacia uso para nada ni de los arcabuces, ni de las flechas, sino de las espadas y de las picas.

Muchos de los mexicanos, poseidos de un inmenso terror al ver que los españoles habian subido hasta la plataforma, se lanzaron desde los pretilos hasta el canal, hallando una muerte afrentosa como justo castigo á su cobardía.

Los tlaxcaltecas, poseidos de una furia infernal, á trueque de acabar con un mexicano, se abrazaban con ellos, se arrojaban tambien por los pretilos, sucumbiendo juntos los que tal hacian.

No pocos bajaron precipitadamente las escaleras para refugiarse en las habitaciones interiores del templo, y al fin, despues de media hora de una lid salvaje, viéndose perdidos Pilpatoe y Teutila, que para dirigir las operaciones de sus soldados se habian refugiado en la capilla del ídolo, salieron, arrojaron sus armas, dieron orden á los mexicanos de que pusieran término al combate, y como quien se entrega, se presentaron al caudillo de los españoles, quien al verlos en aquella actitud mandó á su vez suspender la lucha.